

CADIZ 28 DE ABRIL,

## RECEPCION DEL SEÑOR CASTELAR

DEL

EN LA

ACADEMIA DE LA LENGUA.

Ha sido este un verdadero acontecimiento en Madrid. El deseo de oír al gran orador a cuya incomparable elocuencia rinden un tributo de admiración lo mismo sus amigos que sus adversarios, llevó el Domingo á la Academia una brillante y numerosísima concurrencia.

Dicho se está que el discurso del señor Castelar fué aplaudido por la docta corporación y por el escogido concurso y que el célebre tribuno, que para nosotros es una gloria propia como hijo de Cadiz, recibió al concluir entusiastas plácemes y felicitaciones.

El discurso ocupa mas de veinte columnas de *El Globo* y nos es imposible, por tanto, condensar las ideas mas culminantes del nuevo académico. Los conceptos fundamentales de nuestra edad eran el tema felicísimamente desenvuelto por el ilustre orador, que demostró la posesía en ellos contenida y cuyo vigor, decía, promete aspectos nuevos al arte, como los dió en tanto número á la ciencia, así que pasen de la region donde brilla la luz de las ideas, á las regiones donde arde el calor del sentimiento y de la vida.

Dada la gran distancia á que estamos en la pequeñez de nuestra inteligencia, que no desvirtúa, sin embargo, la sinceridad de nuestras convicciones, de las ideas del Sr. Castelar, se comprende fácilmente que no todo lo que dijo el distinguido orador suena bien en nuestros oídos y nos es verdaderamente simpático; pero dicho por el señor Castelar, no podía menos de ser brillante y en la forma á veces arrebatador.

Hay que reconocer, empero, que el sereno y grave recinto de la Academia de la Lengua no es el terreno donde puede brillar en todo su esplendor la elocuencia del Sr. Castelar. Hállase allí su genio como comprimido, como aprisionado por la índole eminentemente conservadora, en la significación científica de la palabra, de un cuerpo llamado á ser guardian y custodio de respetables tradiciones, y esto se nota en todo su discurso, escrito con admirable galanura de lenguaje, pero con cierta especie de cálculo y de estudio que interrumpe frecuentemente los vuelos de la inspiración y la espontaneidad de las ideas.

Nuestros lectores juzgarán en vista de alguno que otro periodo que vamos á reproducir.

Hé aquí un párrafo en que demuestra las transformaciones que el arte opera en las creencias vulgares, presentando las adornadas con las brillantes galas de la poesía:

«Lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza, hé ahí el arte. En su éter se transfigura hasta el universo material.

La Dafne, que esquivo el sol y busca el río, trasformada en la adelfa de nuestros torrentes; las hermanas de Faeton el audaz, convertidas en oímicos henchidos de esa goma semejante al ámbar con que se adornaban las mujeres del Lacio; la hermosa Leucothea, nacida bajo el cielo de Hesperia, en cuyo rocío se abrevan los caballos que lanza de sus crines el día, trocada en el amarillo tallo que brota al través de las tierras sepulcrales;

los marinos irrespetuosos: hasta alejar de Naxos al Dios de la alegría transformados en esos delfines, que siguen las estelas de las naves y juegan entre las espumas de las ondas; todas estas metamorfosis me mueven á pensar cuántas bellísimas leyendas no libarán los tiempos por venir en nuestras ideas sobre la circulación de la vida, las cuales nos muestran cómo las plantas son otros tantos laboratorios alquímicos, destinados á trasformar la materia inorgánica, convirtiendo el ázoe de los estiércoles y el amoniaco de las lluvias, en las flores donde van á pintar las mariposas sus alas y á beber su miel las abejas, así como nuestros cuerpos recipientes, los cuales por la absorción, por la respiración, por la nutrición, por la asimilación, convierten el fósforo de los fuegos fátuos en masa cerebral y el hierro de las minas en rojos glóbulos sanguíneos y la cal de los caminos en calcáreos huesos y la aurora venida de improviso á enrojecer nuestras noches, en corrientes magnéticas, cuya virtud mueven los humanos nervios como el plectro la cítara y nos trae el presente de la vida iceléste para penetrarnos de nuestra relación estrechísima con todo el Universo.»

Comparando el libro que representa el amor á los antiguos ideales con el libro que representa el amor á las nuevas ideas, dice el Sr. Castelar:

«El libro de los españoles será siempre el *Quijote* y el libro de los ingleses el *Robinson*. Dos ingenios, desiguales en mérito, pero iguales en desvelos, los han escrito. El uno, como buen español, ha perdido su mano izquierda en las guerras religiosas, y el otro, como buen inglés, ha perdido su oreja derecha en las guerras políticas. Estudiante en Alcalá, soldado en Salamanca, doméstico de cardenales en Roma, soldado de tercios en Lombardía, héroe de esfuerzo en Lepanto, enfermo de gravedad en Mesusa, combatiente en las costas de Africa y en las costas de Grecia, cautivo en las mazmorras de Argel, forzado en las galeras de Azan, oscuro vecino de Esquivias, proveedor en Sevilla, alcaballero en Granada, pretendiente en Valladolid, ha conocido su España, como Foe, periodista, mercader, industrial, aduanero, soldado de Monmouth, preso en Newgate, empleado en Escocia, satírico, historiador, economista, presbiteriano, plebeyo, conspirador y conjurado, puesto en el rollo, herido del verdugo, conoce su Inglaterra. Sin duda, por tal conocimiento, el gran escritor español y el discreto escritor inglés nos han dado, cada cual con sus medios propios, sendos tipos de sus respectivas naciones.

Récio de complexion, seco de carnes, enjuto de rostro, aguileño de nariz, largo de piernas, corto de genio, en su natural óptimo, en sus ensueños desatinado; el tipo español, es decir, el hidalgo de lanza en astillero, malbarata hanegada de sembradura por libros de caballería, dándose á leerlos en sus ratos de ocio, los más del año, por tan extraña manía que, frisando ya en los cincuenta, pareciale necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, limpiar de moho las arrinconadas armas, coser á morrion simple celadas de papel, apercebir huesoso rocín, escoger por dama de sus pensamientos á fornida moza de vecino lugar; y blandiendo al aire su lanza, y embrazando al pecho su adarga, salir por la puerta falsa de un corral tras aventuras que le procuraran ocasiones de enderezar entuerros, desfacer agravios, desencantar dueñas, reñir con follones y malandrines, hender gigantes, sin más deseo que granjearse fama eterna en renombradas historias, ni más fin que servir al desgraciado en continuas hazañas; para todo lo cual se llevó consigo por escudero á socarrón labrador, de poca sal en la mollera y mucho apetito en el estómago, dispuesto á ganar en cualquier quitame allá esas pajas alguna insula donde le dejasen de gobernar: retratos parecidísimos á esta nación idealista, amiga de la guerra y enemiga del trabajo, enamorada de ideal ya extinguido en la conciencia humana, resuelta á resucitar

la Edad Media en la plena Edad Moderna, sufriendo toda suerte de desastres por sus empeños imposibles y sus combates fabulosos.»

Describiendo la catedral de Toledo se expresa así el nuevo académico:

«Volad desde el jardín de los adarbes á la catedral de Toledo en alas del pensamiento, y de una ojeada abrazareis toda nuestra historia. El consistorio enfrente para que la iglesia bendiga la libertad; el mercado al término de las colosales paredes de la izquierda para que á a sombra de la iglesia se cobijen los contratos; la posada de las Hermandades tras el ábside, á fin de que á la iglesia miren los soldados en sus salidas y entradas; las viviendas de los nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas á la iglesia que consagre sus tradiciones y salve sus privilegios; ante todo el monumento la torre, guiando con sus aguijas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen de muchas leguas, á los fieles, como un faro espiritual que luziese y hablase al mismo tiempo; desde la puerta de la Feria á la puerta de los Leones, pasando por la portada mayor, tres siglos que veis en las primeras esculturas apenas salidas de su pesado cendal bizantino y en las últimas vencedoras de la rigidez antigua entre las armonías del Renacimiento: por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones: por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros, á la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan nuestras grandezas y nuestros dolores, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, desde los campos de Calañazor hasta los campos de Montiel, desde la nube de gloria en que va envuelto el cardenal Mendoza que se arzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento y comienzo del Nuevo mundo, hasta la nube de ignominia en que va envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves todos los cambiantes de la luz apropiados á todos los delirios de la religión, así las tinieblas donde oculta sus remordimientos la penitencia, como los iris en que tiñe sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto á la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la unidad absoluta, y tras los arcos los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios. . . . . Y al eco del órgano, entre las nubes del incienso acompañadas por los salmos, sobre la gradería cubierta de brocados, al pié del retablo llenos de figuras místicas que parecen personificaciones varias de la oración; la misa, que así como transforma el pan ázimo en sér divino por las palabras sacramentales de la consagración, transforma en ideas las piedras, por donde las almas suben, como por invisible escala, sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un día, á saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor. ¡Feliz edad la nuestra, que nos consiente comprender en toda su exactitud y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! ¡Feliz edad que ha llegado á tan sublime poesía!»

Copiamos, por último, el fin de este notabilísimo discurso:

«Señores académicos, creedlo, no puede ejercerse ministerio mas patriótico que el ministerio de velar por la pureza de nuestra lengua. Cuanto mas vivimos, señores, mas nos penetramos de que la sociedad y la naturaleza componen sus armonías de sus contradicciones. Como se necesitan la atracción y la repulsión en los mundos, el flujo y el reflujó en los mares; como se necesitan fuerzas que produzcan lo general, las especies, y fuerzas que produzcan lo particular, los

individuos; como se necesitan y se completan la unidad y la variedad en el arte, necesitan y completan las instituciones indispensables á la conservación y las instituciones indispensables al adelanto de las sociedades humanas. Nosotros, como academia, somos instituto de conservación y de estabilidad. Dejemos á la espontaneidad de los individuos y á las genialidades de la inspiración personal todas las innovaciones y reduzcámonos en cuerpo á conservar incólume un habla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo. Hubo un tiempo en que estragada por la servil imitación francesa, parecia conde nada nuestra lengua á perder la libertad de sintaxis y la propiedad de su analogía, trocándose de rica y majestuosa, por olvido y desuso de sus mejores voces y giros, en tosca y pobre. Mas nuestros días blasonan con justicia de un renacimiento en el culto á la lengua nacional y de una sujeción voluntaria al estudio de sus eternos modelos.

Demos, pues, nosotros todas nuestras fuerzas al propósito de despertar y mantener estas buenas inclinaciones, que sacando al habla de los altos y bajos por que acaba de pasar, la pongan allá en las cumbres de la buena andanza. Divididos por nuestras creencias políticas y nuestras creencias científicas; afiliados bien ó mal de nuestro grado, en bandos irreconciliables la mayor parte de nosotros; con nuestros agravios y nuestras heridas, cosecha natural de revoluciones y guerras civiles sin cuento, aun abrigamos afectos, en los cuales pueden confluír todas las vidas, entenderse todas las inteligencias, juntarse todos los corazones; aun conservamos algo que nos acerca y nos identifica, como si tuviéramos una sola alma. Todo cuanto hemos querido y todo cuanto hemos respetado en el mundo, pertenece á esta nuestra tierra. De su jugo es la sangre que corre por las venas, de su polvo la cal que compone los huesos, de su luz el celeste resplandor que llevamos en la frente; no podríamos vivir nuestra vida lejos de sus hogares, que han recogido las lágrimas de nuestras santas madres y el suspiro de nuestros primeros amores, y no podríamos dormir el sueño de la muerte fuera de sus sepulturas, que guardando los huesos de nuestros progenitores, guardan las raíces del propio organismo; para pensar necesitamos de su lengua, y para cantar y para rezar, para esplayarnos en lo infinito, huyendo de las limitaciones de esta vida contingente, sus poesías y sus plegarias; alimentamos nuestros cuerpos con los frutos de sus campos y nuestras almas con las tradiciones de su historia; por consiguiente, prometamos y juremos que nunca nos parecerá costoso ningun sacrificio hecho en aras de su grandeza, y que nunca podrá separarnos ningun suceso del comun sentimiento que á todos nos confunde en uno solo sobre este suelo sagrado, del eterno amor á nuestra patria.»

Tenemos que hacer una pequeña rectificación en nuestro artículo de ayer sobre el asunto de las obras del puerto.

El 25 de Setiembre de 1883 vence el plazo irrevocable del mandato testamentario del Sr. Montañés, en cuanto se refiere á la inversión en obras públicas de los valores de su legado.

Faltan, pues, algo mas de tres años todavía y no dos como decíamos ayer.

Háblase en los círculos políticos de Madrid de la disidencia cada día mas marcada de los Sras. Bcerra, Sardoal, Gasset, y otros, con el Sr. Martos. Se cre que el día que el Sr. Martos explique su interpelación se harán públicas estas disensiones de familia.

El Sábado se telegrafió oficialmente á S. A. la archiduquesa Isabel, madre de S. M. la Reina, la comunicacion de: jefe





